

Historiador del presente

El docente e investigador de la UCR, José Rafael Quesada, obtuvo el premio nacional Aquileo J. Echeverría en historia



GARRETT BRITTON / LA NACIÓN

“Nunca fui un amante de las ciencias exactas, en el colegio siempre me gustaron los estudios sociales”, cuenta Jose Rafael Quesada.

MARCELA CANTERO

mcantero@nacion.com

Juan Rafael Quesada no puede salir de su casa sin leer antes los tres periódicos que llegan a su puerta; mucho menos, se va a la cama sin ver las noticias de la televisión. Su conexión con la actualidad es totalmente coherente con los principios de su profesión: historiador. “Ser historiador significa crear conocimiento nuevo (...) yo soy fanático de la actualidad, me gusta la historia que se construye cada día”, explica Quesada, quien fue escogido como el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, en historia.

El reconocimiento hace mérito a su investigación sobre la evolución de la historia, como disciplina, en el país. Este trabajo lo condensó en el libro *Historia de la historiografía costarricense. 1821-1940*. La obra se imprimirá pronto por segunda ocasión pues se agotó en los estantes.

En forma chistosa, Quesada cuenta que cuando se trata de Internet aún vive en la prehistoria. Su única hija, Andrea, es su traductora en ese mundo *on-line*, aunque ahora deberá recibir lecciones intensivas pues desarrollará un proyecto con historiadores de otros países del continente y necesita de Internet.

Sin importar esos avances, Quesada opina que los historiadores serán siempre fieles visitantes de los archivos y las hemerotecas, como herederos de técnicas desarrolladas en los siglos XVIII Y XVIII.

En esta entrevista con Viva, el historiador mira hacia el pasado, presente y futuro de su satisfactoria vida:

—¿De qué forma disfrutó el anuncio del premio?

—Es algo que se saborea en la soledad cuando voy a correr todos los días o en las salas del Archivo Nacional que visito desde hace más de 20 años y donde he hecho muchos amigos en ese tiempo.

—¿Cómo le va en su faceta de atleta?

—Bueno, corro unos seis kilómetros por día. Alguna vez estuve en una que otra maratón, pero las competencias me generan mucho estrés.

—¿Cómo borrar la idea de que el historiador vive tras libros viejos?

—Cambiar esa idea es un reto de la disciplina y obliga al historiador a mezclarse siempre con la realidad. Ante todo, se debe trabajar con la gente joven mostrándole la historia con ejemplos concretos a fin de demostrar que el rostro de la Costa Rica de hoy se construyó en el pasado”.

—¿Qué se puede hacer para volver más atractiva la enseñanza de la historia en las aulas?

—Ahora que los medios de comunicación atrapan a los jóvenes con videos, Internet y otros recursos, el educador debe usar las mismas armas para hacer más atractiva esa enseñanza. Los educadores de-

ben también partir del presente —de una realidad cotidiana— para explicar los hechos del pasado.

—¿Cómo lee el nuevo capítulo que se escribió el 3 de febrero en la historia política del país?

—Esta ha sido una etapa de regeneración moral que no debe ser canalizada de manera partidista, si no por todos los interesados en el bien del país. Yo visualizo una ruptura generacional más fuerte que la ocurrida en los años setenta, pero este cambio no puede quedarse solo en lo emotivo, sino que debe ir acompañado de mucha reflexión.

—¿Qué disfruta minuto a minuto?

—Me encanta escribir, pero en un estilo que no solo llegue a los conocedores de la historia, sino también al público en general. Por esa misma afición fui articulista de periódicos durante mucho tiempo.

—¿Cuáles son sus nuevos proyectos?

—Estoy a punto de escribir un libro sobre historia de la educación en Costa Rica; en el peor de los casos, quiero que sea mi regalo de Navidad. También voy a coordinar un proyecto del Instituto Panamericano de Geografía e Historia para hacer una histografía de América con el apoyo de un historiador en cada país.

—¿Cuál época de su vida disfrutó más?

—Me gusta mucho el momento que vivo ahora pues tengo mayor madurez. No crea, ¡media teja es media teja!

—¿Y no hay nada igual de bueno en el pasado...?

—Sí, claro. Mi época de joven a inicios de los años setenta cuando fui de los estudiantes idealistas, rebeldes y de gran corazón. Si uno no tiene buen corazón a los 20 años, nunca llega a tenerlo. **V**



GARRETT BRITTON / LA NACIÓN